

PLATICAS,  
ó  
INSTRUCCIONES FAMILIARES  
SOBRE LAS  
ORACIONES Y CEREMONIAS  
DEL  
SANTO SACRIFICIO  
DE LA  
**MISA.**

ESCRITAS EN FRANCES

**POR MR. COCHIN,**

Cura Párroco de Santiago en Paris.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR

**D. A. L. L.**

**TOMO II.**

RE-IMPRESO EN FILADELFIA:

.....  
1827.

2550



BX2230

C6

V. 2



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



INSTRUCCION

SOBRE

EL MEJOR MODO

DE UNIRSE CON EL SACERDOTE

PSALMO XXXVIII.

vers. 3. y 4.

*Enmudecí, y en mi meditacion encenderse ha fuego.*

ESTO es quanto puede decir un Cristiano que reflexiona con la atencion debida sobre los objetos de su religion, y que sucesivamente pasa de la oracion á la meditacion, recogiendo su espíritu para que se penetre de compuncion y dolor. Esto sobre todo es lo que experimenta en el momento del Sacrificio del Altar, si pro-

A 2



cura seguir fielmente á Jesu-Cristo, y á su Ministro: al primero en los homenajes que tributa á su Padre; y al segundo en las oraciones, en las ceremonias, y en las diferentes instrucciones que le ofrece. Se humilla con él, se instruye con él, publica con él las grandezas y las misericordias del Señor, y quando llega el momento del silencio calla como él, para que pueda hablar el corazon delante de Dios, como debe hacerlo constantemente. Estas diferentes reflexiones nos conducen á exâminar qual es entre todos los métodos el mas propio para sacar utilidad de las oraciones que componen la Liturgia, y como no intento renovar aquí ciertas disputas que léjos de instruir y edificar, solo sirven para turbar las conciencias; me abstendré de refutar las diferentes opiniones que se han introducido sobre un objeto tan importante. Me ceñiré por tanto á exponer sencillamente los usos que se hallan recibidos en la Iglesia, y á exâminar todo lo que puede contribuir á la piedad de los fieles, y así os pido que me escuchéis con la misma simplicidad é imparcialidad que yo me

propongo. El Señor me sugiera todas las reflexiones que voy á presentaros, como que se dirigen á su gloria y á vuestra edificacion.

El modo mas santo y útil de oír la Misa será siempre el que se acerque mas al espíritu de la Iglesia, y á la intencion de Jesu-Cristo, que se ofrece por nosotros. Exâminemos pues qual es el método que encierra todas estas condiciones. Consultemos la costumbre actual de los Cristianos, y veremos como se conducen de diferentes maneras en este importante exercicio. Los unos siguen al Sacerdote con la mayor exâctitud en todas las oraciones que componen la Liturgia, y en las ceremonias que tiene adoptada la Iglesia; y esto se llama seguir el Ordinario de la Misa. Otros alimentan su piedad con oraciones particulares, cuyo sentido se conforma con el de las de la Liturgia, y son como una explicacion de ellas. Otros mas ó ménos instruidos, mas ó ménos llenos del espíritu de Dios, absteniéndose de toda lectura, se entregan á la meditacion mas profunda, y para animar su devocion no se valen de otros medios que de los que da de sí la accion mis-



ma del Sacrificio. Otros en fin se persuaden que les es permitido rezar mientras la Misa ciertas oraciones, que en realidad no tienen relacion alguna con ella; y muchos que no saben leer, y que por consecuencia ni aun pueden hacer esto, se contentan con repetir muchas veces el Padre nuestro y el Ave María. No trato aquí de decidir afirmativamente sobre cada una de estas prácticas; y así me contentaré con examinarlas en particular para apartar los abusos que se pueden hacer de cada una de ellas, é indicar las disposiciones que me parezcan mas propias, ó bien para rectificar estos abusos, ó para santificar estos diferentes métodos.

He puesto el primero de todos el de seguir exáctamente el Ministro en cada una de las acciones y oraciones que componen la Liturgia, porque me parece mas propio para haceros entrar en el espíritu del Sacrificio. La Iglesia, aunque no se explica sobre este punto, parece sin embargo que nos inspira mas atencion por este método; y así permite que se pongan entre las manos de los fieles las oraciones que ha ordenado para el Santo Sacrificio, no

creyendo quebrantar el respetuoso silencio de nuestros misterios, por autorizarlos para repetir secretamente las oraciones que dice el Ministro en alta voz. Parece tambien que con esta indulgencia ha querido enseñar á los fieles que la parte que tienen en el Sacrificio no consiste en ser meros espectadores; que hay un sentido en el qual puede decirse que ellos tambien son en algun modo Ministros, pues que no deben asistir al Sacrificio sino en union perfecta con Jesu-Cristo. Este primer método sin duda es el mejor, el mas conforme al Espíritu de la Iglesia, y el mas propio para hacernos entrar en las disposiciones que exige el Sacrificio; pero sin embargo ha sido impugnado con bastante frecuencia, y algunas veces por Ministros piadosos é ilustrados. Yo presumo que algunos abusos pueden haber introducido diversidad de sentimientos sobre este artículo, y que esta sea la causa. Desgraciados aquellos Sacerdotes sin discrecion y sin luces, que por un espíritu de prevencion prohiben este método; pero debe alabarse mucho el zelo de aquellos que quitando estas oraciones



de las manos de ciertos fieles, no tienen otra mira que remediar los abusos que observan. Algunos ignorantes y temerarios piensan que ofreciendo con el Sacerdote consagran realmente con él, y que las palabras sacramentales tienen en su boca la misma virtud y eficacia que en la del Ministro de la Iglesia. En este caso importa mucho ilustrarles, ó reprimir su temeridad, y contener un abuso tan escandaloso prohibiéndoles las oraciones de que se sirven para mantenerle.

Tambien es verdad que si alguno de los asistentes dixese en alta voz las oraciones que el Ministro dice en voz baxa segun el mandato de la Iglesia, turbaria el armonía, y distraeria la devocion al Ministro y á los demás fieles: asimismo es cierto que si un espíritu de curiosidad ó de prevencion atacase de tal manera esta práctica que un Cristiano sin autoridad legítima se tomase la libertad de desaprobala, se haria sin duda reprehensible, porque se apartaria de los sentimientos de humildad y de caridad que inspiran estas oraciones. Si ellas por defecto de instruccion fuesen insípidas para un Cris-

tiano que no penetrase su espíritu, ó si acaso su repeticion diaria amortiguase su fervor, ó aumentase su disgusto, en todas estas circunstancias estan obligados los Ministros á instruir y á corregir todo lo que sea reprehensible; y siempre que esten animados de un sabio y verdadero zelo, no tendrán gran dificultad en contener estos abusos, y en introducir el gusto de los métodos mas propios en aquellas personas cuya direccion les está confiada; pero será siempre de su obligacion el presentarles éste como el mas útil, y acercarles á él por los medios que les parezcan mas conducentes.

El mas edificante despues de éste, es aquel que la Iglesia nos sugiere en ciertas oraciones, en las quales se explican las de la Liturgia de una manera clara, y análoga al espíritu de la fe. Esta segunda práctica es útil para todos los que no pueden fixar su espíritu en el sentido que encierran estas mismas oraciones, y sobre todo para los fieles que no tienen la mayor instruccion, y que no hallándose en estado de meditar, necesitan que con expresiones mas familiares y mas



proporcionadas á su capacidad, se les enseñe lo que deben pedir á Dios por Jesu-Cristo; pero esta segunda práctica tiene tambien sus abusos. Las reflexiones que se hacen sobre tan gran misterio no son igualmente sólidas, por lo qual es necesario mucha sabiduría para elegir las, y sería muy peligroso el guiarse por sí mismos en esta eleccion. Sin embargo una vez hecha debe un Cristiano que quiere aprovecharse de ella, no perder jamas de vista la accion misma del Sacrificio, uniendo de tal manera su intencion con la de la Iglesia, que las diferentes oraciones que recite no debiliten en nada los sentimientos que deben penetrarle; de suerte que pase sucesivamente con el Soberano Sacrificador de la oracion á la alabanza, de la alabanza á la inmolacion, y de la inmolacion á la adoracion, á fin de que pueda decirse con verdad que entre los Cristianos es uno mismo el corazon, uno mismo el espíritu, y una misma la víctima.

El tercer método no puede conformarse tan facilmente con esta disposicion. Hablo aquí de la costumbre que tienen muchos Cristianos de de-

cir en la Misa quantas oraciones les ocurren, ó que les sugiere el libro que tienen entre manos, y que se entregan sin escrúpulo á lecturas ciertamente piadosas y edificantes, pero muy ajenas de una circunstancia en que la religion les acuerda el gran misterio de nuestra Redencion: este es un abuso muy digno de conocerse y corregirse. Aunque semejantes oraciones sean muy convenientes y santas para el interior de las casas, difieren sin embargo de las que hace el cuerpo entero de la Iglesia; y aunque sean muy á propósito para conseguirnos algunas otras gracias, no lo son ciertamente para pedir ésta en que Jesu-Cristo toma un interes tan principal. Esta práctica en alguna manera es un género de desprecio intolerable á la verdad, porque si en nuestras asambleas particulares merece una severa crítica aquel que se distrae de la materia de que se trata con otras conversaciones ajenas é impertinentes, ¿qué podremos juzgar del que se enajena de esta manera en el Sacrificio de la Misa, donde se reunen todos los misterios de nuestra Redencion? Este es un defecto, hermanos míos, que debeis remediar



muy prontamente si por desgracia habeis incurrido en él.

Pero no merece la misma reprehension el último modo de asistir á la Misa. La ignorancia y la mala educacion constituye á muchos Cristianos en la absoluta imposibilidad de decir las oraciones de la Liturgia, ó qualquiera otra que sea análoga con este objeto. Si ellos conservan esta ignorancia por culpa ó descuido suyo, merecen sin duda fuertes reprehensiones; pero si el uso la ha hecho invencible, si por otra parte estan instruidos en el objeto del Sacrificio, y son incapaces de permanecer por todo este tiempo en un estado de adoracion y recogimiento, no es justo prohibirles que recurran á las oraciones vocales que sepan. En este caso la oracion Dominical, en la qual se contienen todas las peticiones, es sin duda muy conveniente, y puede producirles abundantes frutos. La repetida invocacion de la Santísima Virgen, y de los amigos de Dios, les acerca tambien á la que hace la Iglesia en las oraciones mismas de la Liturgia; pero para que vean el efecto que solicitan es preciso enseñarles que no deben rezar

por mera costumbre y rutina; se les debe instruir de la relacion que tienen estas oraciones mismas con las que sirven para la oblacion; es preciso hacerles entender que de quando en quando deben interrumpirlas para entregarse por algunos instantes á los sentimientos de contricion, de confianza, de adoracion y de amor que exige este Sacrificio.

Para concluir este discurso diré dos palabras acerca de esos Cristianos que no se atienen á ninguna oracion determinada quando asisten á la celebracion de nuestros santos misterios, y que se entregan á meditar y á rezar indistintamente, segun que se lo inspira el espíritu de devocion. Yo admiro á la verdad estos Cristianos, y bendigo mil veces al Señor, que así los llena de este espíritu de oracion, pero sin embargo no me atreveré á citarlos por modelo: ántes bien diré que esta práctica tiene grandes inconvenientes, y que siendo nuestro espíritu por naturaleza tan inconstante, y nuestro corazon tan frio y lánguido, parece muy sabia la desconfianza de nosotros mismos, y que debemos usar de los me-



16 *Instruccion sobre el mejor modo*

dios que la Iglesia nos presenta para aplicarnos el fruto de su Sacrificio.

Concluyamos, hermanos mios, de todas estas reflexiones que el modo mas útil de oír la santa Misa será siempre el de unirnos quanto podamos á Jesu-Cristo, el acercarnos mas á su espíritu, y hacer nuestro lenguaje mas conforme con el que habla su Iglesia. Entonces podremos pedir con toda confianza, como que pedimos por Jesu-Cristo, conseguimos por Jesu-Cristo, y participamos en Jesu-Cristo del fruto de sus oraciones. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL CANON DE LA MISA.

MALACHIAS, CAP. I.

v. 11.

*En todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura: porque grande es mi nombre entre las gentes, dice el Señor de los exércitos.*

Como el nombre de Dios es grande entre las gentes, la oblacion debe tambien ser pura, irreprehensibles los que la ofrecen, los que participan de ella deben estar exentos de todo afecto de pecado, y el modo de ofrecerla debe ser siempre uno mismo. Como el nombre de Dios es terrible, y capaz, como dice el Profeta Malachias pocos versos despues de excitar un santo tem-



blor, exige de sus adoradores una humildad sincera, un recogimiento profundo, un temor vivo y un respeto infinito. Como el nombre de Dios es santo, deben los que quieren honrarle dignamente, acompañar sus adoraciones exteriores con sentimientos de adoracion y de amor, y con un espíritu de abnegacion y de sacrificio.

Todos estos sentimientos son los que nos va á inspirar la Iglesia en esta parte de la Misa que vamos á explicar; y como ella reúne quanto hay de mas tremendo en la oblacion, debemos nosotros renovar aquí nuestra atencion para meditar esta circunstancia interesante del Sacrificio.

Esta oracion donde se comprehende la Consagracion, empieza inmediatamente despues del Prefacio, y se llama *Canon*, cuya palabra quiere decir regla ú orden de oraciones, y esta parte acaba con la oracion Dominical. La Iglesia se vale de esta palabra para expresar aquellas cosas que deben tener una forma invariable, y así las reglas que han establecido los santos Concilios se llaman Cánones, y canónico todo lo que tiene relacion con ellas.

La palabra *Cánon* conviene pues perfectamente á esta parte de la Misa, porque en toda la Iglesia se observa el mismo orden esencial de oraciones, sin que sea lícito á los Sacerdotes el añadir ó quitar ninguna de las fórmulas, ó prácticas que estan admitidas. Confieso á la verdad que si se hubiese de exâminar con todo rigor esta uniformidad, se hallarian algunas variaciones entre las dos Iglesias de Oriente y de Occidente; pero subiendo hasta los siglos mas remotos, veremos que esta variacion en nada toca á la esencia de las oraciones; que la Iglesia universal en todos los tiempos ha hecho á Dios las mismas súplicas, ha observado el mismo rito y las mismas ceremonias, y ha detestado de todos los Ministros que con el fin de singularizarse han añadido ciertas fórmulas sugeridas por su devocion particular. Algunos teólogos han asegurado que el *Cánon* era tan esencial al Sacrificio como las mismas palabras de la Consagracion; y aunque esta opinion no se haya seguido por todos, debe inspirar á los Ministros la atencion mas escrupulosa para no salirse ni un punto del orden prescrip-



to en el *Cánon* de la Misa. El nombre de *Cánon* no se ha dado siempre á esa serie de oraciones que preceden y siguen á la Consagracion. En los primeros siglos se llamaba simplemente oracion, porque en efecto en ella estan como vinculados todos sus caracteres. El fin principal de la oracion es honrar á Dios, é impetrar los socorros que solicita el que ora, y Jesu-Cristo, por quien se hace esta oblation, desempeña estos dos objetos honrando la Magestad Divina, y atrayendo sobre la naturaleza humana sus miradas misericordiosas. Despues corriendo el tiempo fué llamado el *Cánon* oracion canónica para distinguirlo de las demas fórmulas, cuya determinacion y eleccion dexaba la Iglesia á los Pastores: en fin esta oracion ha conservado el nombre de *Cánon*, y fué tan respetable en los primeros siglos, que algunos Autores no dificultaron comprehenderla en los libros del Nuevo Testamento, persuadiéndose que el Espíritu Santo habia inspirado especialmente á la Iglesia en la eleccion y disposicion de los objetos de la súplica que hace á Dios por Jesu-Cris-

to. Tambien se ha llamado accion, porque contiene la principal del Sacrificio; es decir, la mudanza de pan en el cuerpo de Jesu-Cristo, y la del vino en su Sangre; y así los diferentes modos de expresarse sobre esta parte de la Misa nos acuerdan la misma verdad. Por tanto bien sea que se llame *Cánon*, oracion canónica, accion, misterio de la santísima accion, ó la accion del sagrado misterio, se entiende y se entenderá siempre por la mas excelente de todas las oraciones, porque está unida al Sacrificio de Jesu-Cristo. Este cuerpo de oraciones el mas excelente es tambien el mas antiguo, y el Papa Vigilio, anterior á San Gregorio, las refiere á la tradicion Apostólica, de manera que no se puede citar un tiempo en la Iglesia en que se haya ofrecido el Sacrificio con otras oraciones. ¿Qué veneracion no exígerán de nuestra parte unas palabras que nuestros Padres han pronunciado ántes que nosotros, unas oraciones en las quales cifraban todos sus consuelos, y que en el tiempo terrible de las persecuciones les alcanzaban la fuerza y el valor necesario para resistir á los tiranos, para pa-



decer los tormentos, y derramar su sangre en defensa del Evangelio!

Juzguemos pues, mis hermanos, de nuestra poca fe por la poca impresion que hacen sobre nosotros estas palabras respetables. Esa misma uniformidad que tanto desagrada á muchos Cristianos, es sin embargo la que las hace dignas de toda nuestra veneracion. Algunas almas estúpidas necesitan quando se trata de las cosas de Dios que se ilustre su fe con fórmulas y expresiones distintas de las que ha dictado el espíritu de religion á nuestros Padres; pero si alguno de vosotros se halla por desgracia comprehendido en esta clase, hágase mas espiritual, y entónces siguiendo con atencion las palabras del *Cánon* de la Misa, penetrará el verdadero sentido que nos presentan. En efecto, si usamos de la consoladora libertad que nos permite la Iglesia de seguir al Sacerdote en las diferentes oraciones que recita, sin duda excitaremos todas las disposiciones que nos inspiran; y si acaso usamos ótras oraciones de las que estan autorizadas por la Iglesia, procuremos conservar á lo ménos todos los sentimientos que pueden asegurar-

nos el fruto de las que hace el Sacerdote en nuestro nombre.

No debemos perder de vista que el Sacerdote por todo el tiempo que dura el *Cánon* tiene elevadas las manos para denotarnos la elevacion de su corazon y del nuestro; es decir, que nos manda hacer los mayores esfuerzos para que el espíritu de disipacion no distraiga nuestra aplicacion y nuestro fervor. Si la distraccion en la oracion, por corta que sea, destruye necesariamente el efecto que suele producir, debemos mirar como un sacrilegio verdadero toda disipacion voluntaria en este momento del Sacrificio; y por tanto será muy conveniente que estudiemos con frecuencia las oraciones que componen el *Cánon* de la Misa, para penetrarnos de los sentimientos que encierran. Este no era un estudio necesario á los primeros Cristianos, porque instruidos solidamente en las verdades católicas de que hacian todas sus delicias, llevaban en sí un fondo de recogimiento, y de atencion que les traia á la memoria nuestros augustos misterios. Pero nosotros por el contrario, ¿no llevamos un espíritu de



tibieza é indiferencia? ¿No asistimos muchas veces á esta terrible accion sin sentir el menor movimiento de fervor y de amor? Para remediar estos defectos vamos pues á meditar el sentido de estas oraciones y ceremonias, y de esta suerte tomaremos parte en su espíritu.

Un Cristiano que se propone asistir á esta parte de la Misa de una manera santa y útil, debe considerarse durante este tiempo baxo tres aspectos, como pecador, como Sacerdote, y como víctima. Jesu-Cristo desempeña en algun modo estas tres funciones, y nos impone la ley de desempeñarlas con fruto. Debe pues considerarse como pecador, porque aunque Jesu-Cristo se ofrezca en el Sacrificio como reparador universal, somos nosotros los que hemos contraido la mancha del pecado; y por tanto se pide para nosotros la indulgencia, y se nos aplican las oraciones que solicitan de Dios la conmisericordia y la gracia. No llevemos pues, mis hermanos, á esta accion en espíritu de insensibilidad sobre las enfermedades de nuestras almas, y mucho ménos un corazon consagrado al

pecado. La confusion y el dolor, los gemidos y las lágrimas, las resoluciones y las promesas son los actos mas conformes al objeto de esta terrible accion.

Debe considerarse como Sacerdote por la union con Jesu-Cristo, el qual exerce en la Misa las funciones de su Sacerdocio. Debemos cooperar con él al Sacrificio, no solo recogiendo nuestro espíritu, sino tambien disponiendo nuestra voluntad, para que unida á la suya pueda ofrecer con igual eficacia. Por esto nos dice el Profeta: *fué ofrecido, porque quiso*; es decir, para mostrarnos que el mérito de su oblacion está en su voluntad, y que siguiendo los designios de su Padre, no hace otra cosa que executar los suyos propios. Pero, hermanos míos, no podemos desempeñar dignamente esta funcion de sacrificadores de que participamos con Jesu-Cristo si no llevamos á esta accion una plenitud de voluntad que nos determine á renunciar á exemplo suyo los actos contrarios á la ley, á conformarnos con la suerte que nos ha destinado su providencia, y aceptar con sumision los Sacrificios



que su Sabiduría nos impone, de manera que mientras se sirve el Sacerdote de la espada de la palabra para inmolar la hostia de propiciacion, tomemos nosotros esta misma espada para apartar de nuestro corazon todo afecto ageno del Sacrificio.

La qualidad de víctima es inseparable de la de Sacerdote, porque la una es consecuencia de la otra en nuestra santa religion. Jesu-Cristo que ha unido sobre la cruz estas dos funciones tan diferentes, renueva en el Altar estos dos misterios; y llamándonos á su participacion nos muestra en su persona el exemplo de la inmolucion, para que á su exemplo nos inmolemos tambien al Eterno Padre. Así puede mirarse la asamblea de los justos y de los escogidos que asisten al tremendo Sacrificio, como un rebaño de víctimas que tiene á su frente el Cordero del Dios inmolido desde el origen del mundo; y la Iglesia puede decir con verdad que Jesu-Cristo su Esposo es para ella un Esposo de sangre. Aquí es donde nos predica mas eficazmente la destruccion del pecado, el qual una vez

abolido por la sangre que derramó en la cruz, debe ser cortado en los miembros, haciéndose la separacion debida de la carne y de la sangre con el espíritu, segun la expresion del Apóstol, y renunciando á toda inclinacion peligrosa, á la voluntad propia y á los sentimientos humanos.

Todas estas verdades, hermanos míos, van á sernos mas sensibles á medida que adelantemos en la explicacion de las oraciones que componen el *Cónon*. De aquí resultará un acrecentamiento de respeto, de confianza, y de atencion á esta parte de la Misa, y nuestra fe será mas ilustrada, nuestra caridad mas ardiente, y nuestra esperanza mas firme para el tiempo y para la eternidad. Así sea.